

Eva Vidal

EL MUNDO
EN UN ZAPATO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n°93

MADRID • MMXIX

De la obra © EVA VIDAL

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Del prólogo © SANTIAGO LORENZO

Fotografía de cubierta © OSCAR AIBAR

Fotografía de la autora en solapa © OSCAR AIBAR

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Abril 2019

I.S.B.N: 978-84-120024-9-2

Depósito legal: M-13706-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

¿Dónde se creen que están las personas que salen en las noticias?

¿Escondidas en un mundo aparte?

EVA VIDAL

Esto de aquí es una ensalada de tiros. Una miscelánea compuesta de entrantes (cuentos), principal (teatro) y postre, el menú de una autora que hace a percusión, cuerda y viento porque todo le vale para tocar. Eva Vidal era de darle a todo, a tres perfiles, a tres cabezas, como la gente que tiene mucho que contar y mezcla soportes porque grita con fondo y la forma qué más da. Vamos a ver a Eulalia, la mujeruca que tiene visiones tendida sobre el lecho de un río. A un tío que quiere comprar armas, a la anciana que se empeña en sacarse el carné de conducir, a la otra que se empeña en un funeral a su gusto. Y a la dama que se compra unos zapatos, y no otros, porque... ya se verá. Con un manejo del lenguaje maravilloso, he aquí una agria galería de personajes excéntricos que se desembarazan de una carga, que resuelven en un momento partidas de años, como en un mate aplazado y decisivo.

Su teatro es de amores. En conflicto, cómo si no. Ya sea entre personas o entre nada menos que dos pulgas, especímenes que también sufren sus problemas de pareja pulgar. En Los túneles, su pieza más larga, Vidal se permite el lujo de reinventar en versión tenebrosa el subgénero de la «comedia de puertas».

La poesía es a borbotones, y como de pulsión corredora. No es de palabras, que tendría poco mérito. Sino de ideas, imágenes y metáforas al límite del desquicie.

Por esos accidentes de la vida, pudiera pensarse que Eva Vidal es un descubrimiento tardío. Hay que negar la mayor: ningún descubrimiento lo es.

SANTIAGO LORENZO

C U E N T O S

EULALIA

El planeta errante gira a la vez que avanza solitario por su camino incierto. Sin sentirse atraído lo suficiente por ningún otro cuerpo celeste tontea con las estrellas de AB Doradus, haciéndoles creer que pudiera estar interesado en crear con ellas un baile eterno, pero dentro de unos millones de años pasará de largo, y unos millones de años no es nada para los verdaderos protagonistas del universo.

Como una colosal esfera de lapislázuli, donde La Tierra podría ser una pequeña colina sin nombre, sigue un tranquilo trayecto a la deriva, testigo sin ojos a través del paisaje más espectacular que quizá jamás nadie pueda tener el inmenso placer de admirar.

A unos ciento treinta millones de años luz Eulalia despertó. Era la única habitante de una diminuta aldea en un valle montañoso por el que cruza la línea imaginaria que separa Asturias de León. Casi saltó de la cama para envolverse en la bata de franela granate, la misma que tenía desde hace cuarenta y tres años. Se la trajo su cuñada de Portugal y se la llevó al hospital cuando nació su hija.

Aquella mañana de mediados de noviembre no superaba los nueve grados y había que pasar frío hasta que se atizaba. Levantó uno por uno con el gancho los círculos concéntricos de hierro para hacer sitio a la leña. Comprobó que las astillas que había arrimado la noche anterior a la chapa no habían quedado

húmedas. Les dio el visto bueno. En menos de cinco minutos ya tenía el fuego hecho.

Mientras escuchaba la lumbre crecer en el vientre de la cocina echó un ojo al día.

—Ni fu ni fa —pensó.

—Ni fu ni fa —dijo en voz alta dirigiéndose a Vicente, su difunto marido. Siempre comentaba el día con él nada más levantarse. Luego le hablaba de otras cosas.

—Mañana marchó, ya lo sabes —le dijo, como si de verdad el alma de su marido se fuera a quedar sentado en el escaño esperando a que volviera—. No tengo ninguna gana, pero a ver... Tu hija ya me obligó a hacer las maletas. Dice que si estoy tocha del todo por querer pasar aquí el invierno yo sola. Na más que bobaes. Anda que no estoy bien yo aquí.

Después de desayunar y vestirse descolgó el mandil y se lo ató a la cintura. Tiene montones de ellos. Los confecciona con telas de ropa que ya nadie se pone. A su nieta le gustan tanto que le hizo uno a su medida con una colcha de mariposas.

—Esa tela ye demasiao buena pa un mandil —le había dicho. Pero su nieta le dio un argumento mejor: —Qué más te da buelita, si luego la guardas y no la usas. Cosa que era absolutamente cierta.

Al salir a la calle notó el poderoso silencio de las casas enmudecidas. La puertas estaban trancadas, las contraventanas echadas y el aire llegaba entrecosido de hojas de castaños, robles, fresnos y nogales con algún graznido de cuervo, ecos de mugidos y el correr de los dientes de una motosierra lejana.

Miró el banco de piedra donde hasta hace unos meses se sentaban a charlar ella y Ernestina después de dar el paseo de

todos los días por la carretera hasta el prado de la Yera Cava. Vivieron solas en el pueblo los últimos cuatro años, desde que falleció Julita y se colgó su hijo dos días después. Sucesos trágicos para una comunidad tan diminuta. Desde que murió Ernestina, en verano, ya no se sienta allí, y no puede evitar mirarlo fijamente cada vez que cruza el portón de su casa.

Eulalia buscó a tientas un pañuelo en los bolsillos del delantal para quitarse la melancolía de los ojos. Sacó uno junto a un caramelo de eucaliptus y un trozo de periódico que envolvía unas semillas de kiwi que le había regalado hacía unos días la hermana de Ernestina, cuando vino a decirle una misa, algo que fue un acontecimiento, porque allí ya no se abre la iglesia más que en la fiesta de julio, celebrada cada año por los pelos con unos voladores, una partida de bolos, y si se puede, con verbena. La recaudación que se hizo ese año entre los vecinos emigrados que pasan allí sus vacaciones llegó para un acordeonista y unas sardinas asadas. Eso le bastó y le sobró a la nieta de Eulalia para menear las mariposas del delantal alrededor de la parrilla.

—Home bah, eso ye pa limpiar, pa cocinar, pa pelar la tila... no pa ir al baile— le dijo a su nieta, que igualmente se lo plantó, como si fuera la mayor gala del mundo.

—Esta rapaza... —se susurró a sí misma mientras la observaba, sin poder evitar la risa.

Eulalia dejó el caramelo y las semillas donde estaban y arrebujó el pañuelo junto a ellas. Últimamente le sorprendía una emoción en cada esquina. No le importaba estar sola, pero había aumentado la añoranza por gente de su generación que faltaba. Se habían muerto sus dos hermanos, su marido y casi todas las

personas que había visto crecer y envejecer. A continuación se sacudió decidida la morriña.

—Voy por verde pa los conejos —informó resuelta a la memoria de su marido.

Dudó si calzarse las madreñas. Quería subir por el camino de San Roque, y allí siempre había barro. Pensaba dejarlas en el puente y bajar por Santa Colomba, un prado que fuera de su padre, hasta cerca del río, porque a los conejos les encanta la hierba que crece en la ribera. Casi creyó escuchar la voz de su hija reprendiéndola por usarlas.

Siempre le dice que ya no tiene edad de ir manteniendo el equilibrio alzada en aquellos zapatos de madera esquivando piedras. Eulalia hace que no la escucha cuando la riñe, pero luego tiene en cuenta todo lo que le dice. Claro que su hija tampoco quiere que baje por la ladera de Santa Colomba.

—¿No ves que está sin segar? —suele advertirle espantada: Mira que no hay hierba al lado de casa.

Pero hay pocas cosas más duras que la cabeza de Eulalia.

—Pero que no piso la hierba, que voy por el caminín pa bajo —replicaba Eulalia en su defensa.

—El caminín, el caminín... —contestaba su hija, sin darle ninguna credibilidad.

Cuando vivía Ernestina al menos su hija tenía la seguridad de que Fonso, el sobrino de aquella, se acercaba desde el pueblo de arriba todos los días a llevarles el pan y alguna otra cosa que le encargaran. Pero ahora que era la última habitante tuvo que luchar con mucho brío para hacerle prometer que partiría con ellas el próximo sábado a Oviedo, quedando de acuerdo en que seguirían volviendo todos los fines de semana como hasta ahora

excepto cuando nevara. Eulalia comprendía perfectamente los argumentos de su hija, pero una fuerza irresistible que la mantenía vinculada a aquella tierra le impedía darle la razón.

Decidió ir solo con las chirucas. Camino hacia el puente cogió algunas nueces y las posó sobre una piedra plana como una bandeja a un lado del camino para recogerlas al volver. Antiguamente jamás habría cometido semejante imprudencia.

—Te las apañaba cualquiera —pensó Eulalia acerca de aquellos tiempos lejanos donde los caminos del monte eran frecuentados.

Antes de llegar a la portillera de Santa Colomba ya se escuchaba rumorear al río.

Observó el prado desde lo alto. Recordó a su padre allí parado con la guadaña saludándola, ¡cuántas veces había ido hasta allí de pequeña a llevarle la comida! Santa Colomba es fastidioso de segar, por la inclinación tan pronunciada que tiene. Siempre había algún familiar que se animaba a mantenerlo limpio, pero el último verano no hubo esa suerte. Comenzó a bajar por el estrecho sendero que a duras penas conseguía marcarse hundido entre la melena del prado. No podía dejar de darle vueltas al viaje del día siguiente. De verdad estaba a gusto con su hija y su nieta, pero despertar en una ciudad... eso era otra cosa.

—Pues si Oviedo es muy pequeño —trataba de animarla su hija.

—Pero ye ciudad —replicaba ella.

Y no era solo la sinfonía de máquinas en el aire, el trajín de la calle, las necesidades de la gente que entraba en todas aquellas tiendas. No le gustaba salir y no reconocer las cosas. En su casa miraba por la ventana y veía el pico Jario, se sentaba a desayunar

en el escaño que labró su abuelo con la madera de un cerezo que llevaba generaciones en la familia. Aunque nadie paraba en todo el día, no había prisa. En su pueblo había épocas para hacer chorizos, torta mantecada, ir a la feria del ganado... Podía ir con su jarra a la fuente a por agua fresca. Le gustaba salir con las zapatillas a la calle y escuchar las campanas de los otros pueblos a lo lejos, saber el nombre de las vacas. Y todo olía a humo y a aperos de nogal. Las calzadas, los carteles, los árboles acotados de la ciudad no le resultaban familiares, y eso le producía hostilidad y la aletargaba en una tristeza infinita.

Es verdad que el pueblo no era el mismo. Por no haber, ni tienda ni bar había.

Los martes ya no bajaba el pescadero, que despachaba en la parte de atrás de la furgoneta después de atronar al pueblo con el claxon. Y los jueves ya no iba el camión de Carola y Carolo con la fruta. Carolo tenía practicada una traqueotomía que no le impedía no parar de hablar con su voz de un solo tono a la vez que presionaba el pañuelo de algún color vivo con el que cubría su garganta, mientras Carola pesaba en una balanza de hierro que parecía robada de un retrato mitológico de la Justicia.

Pero nada de todo ésto era suficiente para que Eulalia quisiera marcharse de allí. A veces se paraba a mirar el escaparate del minúsculo y único supermercado que tuvo la aldea. La entretenía. Era un bodegón inefable visible a través de un vidrio que alguna vez fue transparente, compuesto, entre otros objetos, por un exprimidor verde de plástico, una caja de cartón con bobinas de hilo amarillento, bastante cuerda colgada del techo, dos pares de alpargatas, medias de cristal, una batea, un cubo, unas madreñas de exposición con una parte barnizada en negro brillante y

una lata de Pepsi decolorada por el sol con una mitad prácticamente irreconocible.

De pronto Eulalia metió el pie izquierdo en un agujero, lo que le hizo echarse con violencia hacia adelante y rodar ladera abajo.

Durante un instante, perdió el conocimiento. Antes de abrir los ojos oyó el agua del río correr muy cerca, y recordó con gran precisión haber escuchado quebrarse un tobillo. Inmediatamente después la abordó un dolor agudo que venía precisamente de aquel, a la vez que notó un frío intenso y húmedo. Luego levantó los párpados y comprobó entre brumas que tenía los pies metidos en el río.

—Ahora sí que la hice buena —se lamentó Eulalia—. Ave María Purísima.

Intentó con todas sus fuerzas sacarlos de allí una y otra vez, y eso, hablando de Eulalia, implicaba ser realmente tenaz. Ella era menuda, pero le parecía que pesaba trescientas veces más de lo habitual. Se agarraba fuertemente a la hierba y tiraba, pero solo conseguía arrancarla.

Le vino a la cabeza las veces que su hija le había insistido en que aprendiera a usar un móvil y llevara uno encima.

—Lo metes siempre en el mandil —le proponía.

Pero Eulalia no estaba dispuesta a sumarse a la tecnología punta a sus setenta y seis años.

—Ya me llamas bastante —replicaba ella.

Su hija la llamaba todos los días a las dos, antes de salir del trabajo, y a las diez de la noche. Pensó que cuando no lo cogiera se iba a preocupar. Además sabía que iba a insistir hasta hacer sonar el teléfono las suficientes veces como para concluir que si

no le había dado tiempo ya de bajar si estaba en el piso de arriba o de entrar si estaba afuera, algo pasaba. Eulalia confiaba en que su hija tendría la certeza absoluta de que a las dos del mediodía ella se encontraba en su casa con la olla en la chapa y en ninguna otra parte. Pero aún eran las nueve menos veinte de la mañana de un día del mes de noviembre en un valle situado a casi setecientos metros sobre el nivel del mar, el día estaba nublado y el agua del río parecía clavarle carámbanos al pasar. Eulalia sabía muy bien lo que le ocurre a una persona expuesta a semejante temperatura. Más de un montañero había sido rescatado tarde en esas condiciones en los picos que se levantaban a los pies del pueblo.

—No creo que lo aguante —pensó— soy na más que una vieja.

Las perspectivas de que pasara alguien por allí eran impensables, y no teniendo manera de pedir socorro, lo único que podía hacer era esperar. Pronto empezó a notar temblores.

El dolor del tobillo y del cuerpo contusionado se mezclaban con el que le causaba el frío aterrador del agua, al que ayudaba la humedad de la tierra sobre la que se encontraba. Se acordó del caramelo de eucaliptus de su bolsillo y dirigió una mano a su caza y captura. Cualquier cosa que pudiera comer siempre iría a favor de conservar el calor. Aprisionó uno de los extremos retorcidos del caramelo junto al sobrecito de semillas hecho de papel de periódico. Intentó acercar la otra mano para abrirlo, pero sus dedos eran torpes y ajenos al tacto, y su pequeño botín se deslizó sin dificultad hasta el suelo.

Eulalia comenzó a tiritar. Había abandonado ya los intentos de trepar y librarse del agua. Acomodó su nuca sobre la tierra y

miró hacia arriba. Entre los destellos que se filtraban por las curvas de las extensas hojas de una higuera apareció la cara inmensa de Tomasín como un eclipse, con el rostro encarnado hasta lo ingriente, la boina bien calzada y la baba escapando. Eulalia no estaba segura de que aquello fuera real, aunque ya de tener una visión, esperaba que se apareciera Vicente, o su madre, o la Virgen, puestos a pedir. Tomasín era del pueblo de arriba, y había dos kilómetros y medio de bajada ininterrumpida que luego había que volver a subir. Tomasín no tenía coche ni capacidad para conducir, así que tenía que haber llegado hasta allí desplazándose con sus asimétricos pasos cortos. Nunca en su vida lo había visto por esos campos, y menos solo. Tomasín la observaba impasible. Con la mano izquierda formaba un hueco en el que anidaba un pañuelo, y con la derecha sujetaba un paraguas. De los trescientos sesenta y cinco días del año, Tomasín no salía ninguno de casa sin su paraguas negro de caballero, incluso cuando lo abrasaba caminando sobre el asfalto el inmisericorde sol del mediodía del más caluroso día de agosto cayendo sobre su grueso cuello como una guillotina.

—Tomasín, sácame los pies del agua, vida —acertó a decir Eulalia con un trémulo hilo de voz.

Después los sonidos se volvieron espesos. Se acordó de las nueces que no se había tenido que molestar en esconder. No se arrepintió de no haberlas guardado en el mandil.

—Estoy yo como pa cascar nueces —quiso decir sin lograr pronunciar una sola palabra.

Cayó en la cuenta de que ya no temblaba y abrió los ojos todo lo que pudo parando la respiración para que no le estorbara a la hora de escuchar lo que ocurría alrededor. Ni rastro de Tomasín.

Quiso llamarlo, pero no coordinaba sus labios. No escuchó pasos, ni toses, ni el roce característico de la tela de paraguas. Ladeando los ojos vio esparcidas las semillas de kiwi que la hermana de Ernestina se empeñó en que tenía que plantar.

—¿A qué demonios voy plantar yo kivilis? —le dijo a Azucena cuando le vino con el paquetito—. Eso se dará bien en la su tierra, pero aquí...

—Sí crecen, sí —trató de convencerla Azucena.

—Sí —repuso Eulalia —pero ruinos.

El recorte del periódico le quedó en primerísimo plano, a pocos centímetros de sus ojos, y se fijó en la fotografía. Salía una esfera brillante con bandas azul añil y ultramar.

En el pie de foto consiguió leer «Recreación artística del nuevo planeta errante».

—Errante —repitió en su mente Eulalia, y la atravesó una pena horrible por aquel planeta vagabundo, perdido en el vacío interestelar, sin sentir la poderosa atracción de la luminosidad de una estrella, sin girar alrededor de nada más que de sí mismo.

—No llores, mujer —le dijo Vicente cogiéndola de la mano.

Eulalia observó claramente el apacible semblante de su marido. Los movimientos de sus labios se producían un poco antes que el sonido. Vio que llevaba una camisa muy gastada que no había tenido más remedio que tirar cuando él vivía, porque insistía en ponérsela para ir a misa.

—¿No ves que está raída? —le reñía Eulalia.

—Ye tan gustosina... —decía Vicente achicando los ojos con una sonrisa.

—Cuando moriste, púsete una preciosa, violeta, ¿quiciste con ella? —quiso saber Eulalia.

Vicente la miró muy serio.

—No se te ocurrirá venir pacá toavía, Eulalia.

—Pero si marchó mañana pa Oviedo —le recordó ella desconcertada.

Por un instante pudo contemplarse allí echada. Creyó oír el teléfono.

—Mira ver si está llamando la niña —le pidió a Vicente.

Pero Vicente ya no estaba. Se acercó ella misma sin ningún problema y, efectivamente, el viejo teléfono de rueda colgado en la pared estaba que echaba humo. De nuevo volvió a su imagen cenital tumbada sobre la hierba. Notó decrecer la luz sobre su cuerpo pálido y advirtió un bisbiseo eléctrico. A su alrededor, amasijos de ovillos negros finos como las ramitas que sostienen las plumas brillaban cristalizados con una luz indetectable.

Eulalia notó su calor. Era un calor conocido.

Dos kilómetros y medio más arriba la hija de Eulalia convencía por teléfono a Fonso para que se acercara a su casa. Llevaba más de dos horas llamándola y Eulalia no contestaba. Estaba muy alterada. Su madre era una mujer de costumbres constantes, y para que no respondiera tenía que haber una razón de peso.

Mientras Fonso cogía el coche vio pasar a Tomasín, con su pañuelo empapado y ligeramente jadeante. Los poros de su cara encendida se habían abierto como cráteres de impacto.

—¡Hoy cansaste bien! —le gritó Fonso a través de la ventanilla abierta sin esperar respuesta mientras maniobraba para salir a la carretera.

—Le saqué a Eulalia los pies del agua —dijo Tomasín muy quieto, pero sus palabras se enredaron con el motor en marcha y quedaron dispersas, haciendo espirales en la cola del humo.

Eulalia carecía aparentemente de latido. La vida se redujo a su mínima expresión para no malgastar ni un ápice en lo prescindible. Estaba a punto de enfriarse por completo y convertirse en una de esas estrellas negras que gravitaban alrededor del lugar donde se crearon, radiando en una onda minúscula sobre las casas, los hórreos, las cuadras, los árboles, las peñas, los animales y las lápidas.

Fonso comprobó que Eulalia no estaba en casa y llamó a su hija, que entró en un estado de gran perturbación.

—¿Hizo la comida? —inquirió impaciente.

—Aquí no hay ninguna pota —le aclaró Fonso.

—¿Cómo tiene el fuego? —preguntó espectante la hija de Eulalia.

—Alguna brasa queda —respondió Fonso.

La hija de Eulalia conocía con exactitud la velocidad de rotación de su madre, su composición, su masa, su inclinación axial, su gravedad.

—¡Eso es que marchó esta mañana y no vino! ¡Eso es que fue a por verde para los conejos! ¡Vete por el camino de San Roque, Fonso! ¡Mira bien! Si no la ves, ¡vete hasta Santa Colomba! ¡Hasta abajo, hasta el río! ¿Oíste Fonso? ¡Corre hasta Santa Colomba! ¡Corre, corre!

A R M A S

—Buenos días. Yo quería comprar un arma, pero no vengo yo con una idea muy clara... quería mirar un poco...

—Vamos ver... depende de para qué la quiera, ¿eh? lo primero.

—Pues es que no lo sé todavía, o sea, me ha venido así como una necesidad ¿sabe? una idea vaga de matar... Y no sé yo si a quién siquiera, fíjese...

—Pero tendrá que saber usted a cuántas personas, a una, a varias... a muchas...

—A muchas... en principio, sí... Mmmm, es que como es la primera vez, hay cosas que no tengo claras.

—¿Será por tierra, mar, por aire...?

—Ffffffffffffffffffffff... no sabría decirle... Yo quería ver un poco primero... y luego ya... igual viendo lo que tienes me aclaro con cómo quiero hacerlo.

Momento silencio, toquecitos en el mostrador, profundo suspiro. Paciencia infinita y el auténtico profesional posa sobre la gastada mesa de madera un voluminoso catálogo, ladeando la cabeza. Resolución. Menudo el que me ha tocado. Se agacha, pesado catálogo que despliega, se moja los dedos, pasa páginas.

—Vamos a ver... Tenemos, verá usted, desde lo más sencillo, para uso doméstico, digamos ¿eh? como esta pistola... ¿ve? Bueno, pistolas, revólveres... tiene mucha gama. Para empezar,

siempre es mejor por lo más sencillo. Ahora, ya le digo, depende de para qué lo quiera...

—Aha, ya, no sé...

—...Pasando por escopetas, rifle de francotirador... Esta esquinera, ya más sofisticada...

—¡Jodé!... ¡Pero si está doblada!

—Para protegerse detrás de una esquina...

—Ya, ya

—Luego tiene las ametralladoras ¿ve?

Pasa páginas. El cliente con la nariz casi metida en el catálogo.

—La máquina ametralladora, ¿eh? ésto suelta 2.000 balas por minuto. Luego, bueno, pues los misiles ¿ve? y hasta, bueno, pues bombas, de diferente alcance... Las hay inteligentes, no inteligentes...

—A ver ésta, ésta... bjua... ¿ésta qué bomba es?

La bomba de racimo... Ésta se multiplica, digamos... Es de caída libre y a cierta altura se divide en... en varios cientos del tamaño de una lata de refresco, más o menos.

—Fíjate lo que inventan...

—Hombre... ésto es ingeniería punta. Aquí trabajamos con lo último... Ésto está diseñado por los mejores físicos e ingenieros mejores del mundo.

—Sí, si... no, claro...

—¿Ésta cómo sale de precio?

—Pues aquí al lado tiene los precios.

—Uffffff, uf, uf...

—Depende de si coge una sola o más... ¿pero tiene usted un avión caza?, porque claro...

—Avión, avión, no, avión... ahora mismo no tengo, no.
—Piense que ésto pesa diez toneladas.
—Diez toneladas... claro, no, si, buf, claro, claro.
—O sea que todo lo que sea por aire lo descartamos.
—Hombre... tampoco... porque si me convence alguna cosa pues lo mismo me miro lo del avión, porque... es que estoy viendo yo que más que disparar me va a mí lo de arrojar.
—Eso ya son gustos.
—Lo único si tiene alguna oferta, porque, claro, se me va un poco...
—Podría ser... Tenemos, mmm, sí, déjeme mirar...
—Ay, no sé que hacer (mientras hojea)...
—Ssssí, creo que... a ver, mmmmm, puede que nos quede... una que sale muy bien... Aquí está: la BLU-82,mmm, no es que sea de última tecnología, ¿eh?, ya se usó en Vietnam, Corea..., fijese, pero... sigue siendo un gran producto, es prácticamente una pieza de coleccionista.
—Hombre, yo no la quiero para coleccionarla, ja, ja, ja, ja.
—Siete toneladas pesa ésta, ¿eh? Se abre un paracaídas de estabilización, tiene una caída muy elegante, una belleza. En el interior lleva pequeños discos de acero, y al estallar viajan hacia todas las direcciones, y en medio kilómetro no queda una sola flor en pie.
—Aaaaaaaaah.
—Cortadora de margaritas le llaman también.
—(Sinceramente emocionado) ¡Qué bonito!
—No te deja ni un cráter ni nada... Es de una delicadeza extrema... Es como desplegar una alfombra.
—Jo, la inteligencia humana.

—Y la evolución... y la evolución... fíjese que ésto nació para hacer claros en las selvas, para poder aterrizar un helicóptero... Y de ahí cómo, eh, se ha destinado para otros usos mayores.

—Lo que es pensar.

—Es que, sí, sí, con la cabeza. (Maravillado con su propio relato). Y luego, en un radio entre un kilómetro, un kilómetro y medio, todo ser humano tendrá hemorragias internas, colapso pulmonar... por la presión, ¿eh? genera una presión x veces la de atmósfera.

—Aaaaaaaaah.

—Y la muerte tampoco es inmediata.

—(Muy interesado) Ah, no, ¿eh?

—Tardan unos cinco minutos, más o menos. Va muy bien según el grado de inquina.

—(Compartiendo su admiración) Fíjese.

—(Observando atentamente la misma página, con un grado importante de incompreensión en su rostro. El vendedor, manos agarradas, lo mira fijamente expresando su nerviosismo con pequeños levantamientos de talón, todo su cuerpo envarado hacia arriba y abajo y alguna tos forzada) ¿Y qué lleva ésto?

—Ésto es polvo de aluminio, básicamente.

—Ahhhhh. ¿Y la bomba atómica, qué es, un poco ésto pero más grande?

—No, no.

—A ver... ahí ya estamos hablando de nuclear... ya... (risita nerviosa) ya es otro tema...

—Ya, ya. ¿No tenéis nucleares?

—Hombre... eh... vamos a ver... Tener, tenemos... ¿eh? Pero, claro, eso ya... es por encargo y, bueno, no está al alcance de cual-

quiera, eso... a ver ya estamos hablando de otro dinero... y de otros asuntos.

—Ajá, bueno, por saber... por si algún día... ¿Qué sale ésto? (asombrado)

—¿Las atómicas? Pues... a ver... (abre un cajón con llave. Se pone las gafas)

—Sí. Ahí tiene usted las atómicas.

—Joeeeeeeeeeeeee. Ya, ya... Bueno, ésto, no, claro, ya...

—No, si ya le he dicho yo...

—Ya, ya veo, ya, bueno... veo que cambia mucho la cosa según el perímetro que se quiera alcanzar.

—Hombre, claro.

—(Ilusionado) Y luego ya toda esa zona es radioactiva.

—Toda, toda... Eso, indirectamente... pues también mata, pero a largo plazo, ahí hay que ser más paciente, porque no ves los efectos enseguida. Eso va ya en cada uno.

El cliente, muy emocionado, sigue absorbiendo la información pasando páginas.

—¿Y ésta? ¿ la bomba N?

—(Respiración lenta) La bomba de neutrones, da muy buen resultado también, sobre todo si no quieres destrozarse las estructuras.

—¿Ah, si? Qué interesante.

—Mata todo ser vivo incluso aunque estén en búnqueres.

El cliente asiente obnubilado.

—A no ser que... el revestimiento sea de plomo..., eso a día de hoy, todavía no se ha conseguido.

—A mi me han hablado de la bomba H, pero no la veo yo aquí.

—No, no, ese género (de nuevo risa nerviosa) de momento no lo trabaja nadie, ¿eh? Es... bueno, es una hipótesis.

—¿Y si le pago bien?

—...A ver, todo es hablarlo. En esta vida todo se puede hablar. Pero tenga usted en cuenta que la bomba H hoy en día es la más destructiva que hay... según la cantidad, podría hasta desaparecer toda la vida en La Tierra, claro.

—No, no, ya, ya.

—Una cosa es una cantidad ingente de personas...

—Sí, sí.

—...Y otra... ya... todo el mundo... Imagínese qué negocio hago yo, a mí eso no me compensa.

—Si, no, hombre...

—(Remira las páginas) Es bonito, ¿verdad?

—¿El qué?

—Explotar las cosas... Reventar lo que está acumulado... Es como una gran liberación.

—Bueno, bueno... Es que es como en la naturaleza... La bomba H no es más que hidrógeno que se transforma en helio... Eso pasa en el sol, eso pasa eeen, en todas las estrellas del universo (Sonrisa beatífica). Hemos conseguido reproducir el cielo en la tierra... Las bombas son pequeños luceros que hacemos estallar los hombres.

—Je, je... sí (sigue mirando) Ay, no sé, no sé, ¿usted qué me recomienda?

—Yo empezaría por algo sencillo. Piense si usted prueba, y no le gusta, pues mejor saberlo antes de lanzar una bomba... y... gastarse el dinero para nada.

—Mmmmmm...

—(Gesto como de yo... no estoy interesado en timarle). Ya ve que para mí sería más rentable convencerle de que comprar alguna cosa más contundente...

—(Gesto de agradecer su honestidad) Sí, sí.

—Hay por ahí mucho vendedor que prefiere vender por encima de todo... no es el lema de esta casa.

—Y se lo agradezco, se lo agradezco de verdad, porque yo vengo de novato, y... claro, por ganas, uno se tira a lo grande ya de primeras.

—Yo llevo muchos años en este negocio, caballero. Y créame cuando le digo que es mejor probar primero. Porque igual ni le gusta matar, ¿me entiende? Eso, hasta que no se hace, no se sabe.

—Pues le voy a hacer caso...

El vendedor le saca una pistolita.

—Ésto es lo más sencillito que hay. Aparte de las armas blancas, pero nosotros eso no lo trabajamos.

—Quite, quite... Uffff (Le da un escalofrío) Eso es repugnante... Eso... eso es de salvajes.

—Bueno, yo pienso igual que usted, pero para gustos los colores. Hay quien hasta con armas caseras... con piedras... je, je... si me apura (Meneando la cabeza con desaprobación).

—(Probando a empuñarla emocionado) ¡Qué sensación!

—¿Entonces se la queda?

—No sé... Ésto es un calibre sencillito, ¿eh? Pero matar, mata ¿no? A ver si luego...

—Hombre, matar mata, claro.

—Le voy a regalar también esta cajita de munición. Y además esta botellita de aceite para engrasarla. Estoy tirando la casa por la ventana.

—¿Y esto cómo va?

—Así, déjeme...

El vendedor introduce un bala en el tambor y le devuelve el arma. El cliente la coge y la sujeta con una axila mientras extrae un billete del bolsillo. Le paga.

—Quédese con la vuelta. (Apunta al vendedor, que ni se inmuta)

—Eso, eso es. Muy bien.

El cliente dispara al vendedor. Se asoma por encima del mostrador para contemplar su cuerpo tendido en el suelo.

—Ah, pues sí... (Mira con satisfacción su pistola, se la guarda. Y camina hacia la puerta). Sí que me gusta sí.

LA CLASE

—Ah, ¿pero hay tres pedales?

El profesor de autoescuela, sentado en el lado del copiloto, no daba crédito. Miraba hacia los rizos de la señora, que se meneaban debajo del volante, adentrada en lo que para ella era terreno ignoto.

—Uno, el freno. Otro, el acelerador...

—¿Y el tercero? —soltó la señora incorporando su cara enrojecida y brillante.

El profesor se aseguró a sí mismo que forzosamente aquella mujer delgadita y menuda había rebasado los ochenta años, cosa de la que nadie le había advertido. Revisó la ficha con sus datos mientras ella seguía comentando sobre las palancas y los interruptores.

—Uy qué divertido es esto... Si le digo que nunca me había puesto en la silla del conductor... ¡Qué diferente se ve desde aquí! —Exclamó radiante la señora, que empezó a pulsar los botones, a ver qué pasaba. Activó de pronto el parabrisas.

—Aaaaaay, que no sé pararlo —dijo con un gritito mientras se moría de la risa ante el escandaloso espectáculo de chorros de agua y jabón. El profesor de autoescuela la miró con severidad y apagó el parabrisas con un golpe seco de su dedo índice.

—Señora, ¿puede usted hacer el favor de estarse quieta?

—Uy, perdone... si es que, con tanta cosa... —contestó la señora, sin borrar su sonrisa pizpireta.

—Usted es Rosalía Acevedo, ¿es correcto?

—Es correcto, correcto sí, ¿y esto para qué es? —se interesó la señora mientras pulsaba el botón de los intermitentes, que empezaron a sonar, haciéndole voltear la cabeza para todos los lados.

—Ay, ¿qué es lo que suena? ese... ese tic, tac, tic, tac ¿lo oye usted?

El profesor cerró los ojos y respiró muy hondo.

—A ver dónde se apaga —investigó la señora intentando recordar a qué le había dado, haciendo sonar el claxon y activando de nuevo el parabrisas.

—Ay, ay, ay, ay —exclamó, soltando una gran carcajada.

El profesor apagó con un gesto seco los intermitentes y el parabrisas. Su desasosiego era patente y su desesperación vibró retumbando en los límites de la educación.

—Señora, hágame el favor de no tocar nada. ¿Me ha entendido?

—Ay, sí, sí —dijo simpática, sin percibir la hostilidad— es que es la primera vez...

—Señora —le interrumpió el profesor— su ficha dice que tiene ochenta y dos años.

—Eso no es verdad —aclaró contundente ante el estupefacto profesor, que se preparaba ya para abordar una mentira y pedirle su documento de identidad—. Tengo ochenta y tres, lo que pasa es que los he cumplido después de hacer la matrícula.

El profesor se quedó sin habla.

—Yo lo que veo es que no llego bien a los pedales —aclaró la señora mientras se estiraba al máximo— no, no llego, no... ¿A ver?

La señora se escurrió asiento abajo como un pececito entre las manos ante el atónito profesor hasta que sus ojos quedaron a la altura del cuentakilómetros.

—Ah, sí mira, ahora los estoy tocando, pero claro, no veo nada.

—El asiento se ajusta, señora —dijo el profesor inyectando sorna en cada sílaba.

—Aaaaaah, ¿dónde? —quiso saber revolviéndose en su asiento sin distinguir nada pulsable o estirable.

—Señora, primero me gustaría aclarar algo... —explicó el profesor mientras la señora manoseaba con ambas manos las partes no visibles del asiento.

—Pues no consigo yo... ¡No será ésto! —gritó la señora al palpar y presionar una manilla, propulsándose de golpe hacia adelante, hasta el tope del raíl.

—¡Virgen Santísima! —exclamó incrustada en el volante la señora, que empezó a empujar hacia atrás con las piernas sin volver a pulsar el mecanismo—. Si es que no se mueve ésto...

—Señora, tiene que volver a darle a la palanca.

—Calla, calla, qué tonta, eso no lo leí yo en el...

—Señora...

—...en el manual. Y tengo mucha memoria, fíjese, si aprobé el teórico a la primera concluyó la señora mientras tanteaba por quinta vez los mismos sitios equivocados. —¿Dónde estaba el chisme?

—En el costado, señora.

—Aaaaah —confirmó la señora, logrando presionar la palanca reguladora, pero sin fuerza suficiente para volver hacia atrás.

—Señora, debo decirle que...